

Manual de literatura para caníbales y otros títulos, que el tiempo pasa

Llegó con esta Aurea a la mitad de cien, y por ella han desfilado muchos libros, con sus autores, con sus desvelos impresos y con sus editoriales; estoy convencido que se ha destilado mucha materia bibliográfica desde esta sección de Noticias, que es, por otro lado, la obligación de la revista y de quien esto escribe. Empezó en unas ya lejanas navidades de 1998 y desde entonces no he(mos) recibido casi ningún improprio, que no es poco, especialmente porque no siempre he puesto a gozo del artífice los resultados de sus sueños escritos; ya se sabe que nunca llueve impreso a gusto de todos y el que arroja un libro contra sus posibles lectores debe saber a lo que se arriesga de antemano. Creo que por estas páginas han pasado, prioritariamente, los esplendores (con algunas miserias, todo hay que decirlo) del mejor quehacer bibliográfico sobre el libro antiguo español, dando buena cuenta de proyectos, realidades y logros de una secta empeñada en rescatar una historia cultural que alimenta (todavía) muchas pasiones críticas, muy en especial, la de quienes tienen la suerte de poseer los testimonios. También he hablado de mis otras pasiones editoriales, que van desde alguna revista fetiche, al hilo de una biografía personal atada con el mundo impreso, hasta ciertos poetas tristemente desusados o necesariamente necesarios, pasando por novelas y noveluchas, siempre con el libro o con los libros como tema; nada que no se explique sin la necesidad de las palabras y por la ventura de ser un lector dichoso de la alegría que proporcionan. Aún me deben sorprender los libros y siempre espero un milagro impreso a la vuelta de cualquier mañana; que los acumule, además, (des)ordenadamente no es más que el síntoma de una vocación de contener la memoria en la presencia de cada lomo: fecha, lectura, recuerdo, dicha. Silencio siempre expresivo, imagen también siempre presente de muchos momentos encuadrados con el tiempo. *“El tiempo pasa, nos vamos poniendo viejos”*, que decía Pablo Milanes. Escrito este prohemio, que no pretende justificar el final, pero que tiene su parte de razón en las líneas postreras, hay que cantar alguna melodía bibliográfica, ¡opá!

Cronológicamente el primer libro del que hay que dar la nota es una monografía deslumbrante: *Negocio e intercambio cultural: el comercio de libros con América en la carrera de Indias (siglo XVII)* de Pedro J. Rueda Ramírez [Sevilla: Diputación de Sevilla/Universidad de Sevilla/CSIC, 2005; 4^o marquilla, 524 pp.+2 hs.]. Libro de un historiador de raza y de archivo, basta observar las *“Fuentes manuscritas”* utili-

zadas (pp. 457-458) para calcular el tiempo que ha pasado desayunando en el Archivo de Indias, producto de una Tesis Doctoral de campanillas. El apasionante mundo del envío de libros al Nuevo Mundo, brecha bibliográfica abierta hace más de sesenta años por Irving A. Leonard, necesitaba este estudio y, especialmente, la forma y las maneras de este estudio; es decir, no sólo capturar bibliográficamente los libros embarcados —tantos los habituales, como los *“prohibidos”*—, con sus necesarias fechas de *“Registro”* para facilitar la identificación y las fechaciones, de nuevo hay un minucioso *“Listado de cargadores de libros a Indias”* (pp. 479-503) que recoge la primera mitad del siglo XVII, sino explicar la dimensión cultural de estas operaciones editoriales. En última instancia, la razón de ser del comercio libresco, con sus pormenores económicos y mercantiles, y de los controles dogmáticos de las lecturas enviadas para la formación de los habitantes del nuevo continente. La amplitud de miras del autor, que no ha querido limitarse a la relación temática ni a la estadística fácil y la aplicación de una rigurosa metodología, apoyada en las últimas tendencias teóricas sobre la materia —aporta una *“Bibliografía general”* de más de catorce páginas (pp. 464-478) —, dan como resultado una lectura apasionante y sorprendente de esta (no tan) pequeña historia de nuestra historia del libro. Gracias, Pedro, por escribir esta aventura, que comienza en Sevilla, con un punto de lectura ilustrado escondido en un legajo, y termina en la extensión de un Nuevo Mundo, todo ello necesitaba tu sabiduría y tu paciencia erudita.

De libros, de librerías y de librerías también trata el trabajo *Guía documental del mundo del libro salmantino del siglo XVI* de Vicente Bécares Botas [Segovia: Fundación Instituto Castellano y Leonés de la Lengua (Libros singulares, 7), 2006; 4^o, 293 pp.+1 h.], que recoge una nómina de casi 600 personas que están vinculadas al universo del libro charro a lo largo de ese venturoso siglo editorial. De nuevo el archivo, el legajo, la paciente lectura y el rescate documental nos revelan la estructura comercial de una industria de largo alcance cultural; porque fuera de los apellidos más llamativos (Boyer, Junta, Portonaris...) esta ignota falange de nombres fue la que mantuvo el entramado libresco que pone en las manos del lector, de aquellos lectores, el producto de los impresores y de los creadores de las obras. Testimonio capital de una de las *“ciudades del libro”* de la España áurea, que vemos ahora radiografiada por el buen hacer de este Profesor de Clásicas que conoce al dedillo ese